

La oración de Guillermo Valencia en San Pedro Alejandrino Primer centenario de la muerte del Libertador

Señoras:

Señores:

Difiere esta grave conmemoración, del jubilo clamoreo con que el 24 de Julio de 1883 cantaba gente de América el epinicio de su máximo Libertador. Todo aludía entonces, por el regocijo fervoroso, a la Navidad republicana. Hoy es muy otro el tinte del recuerdo en este sitio memorable donde el relámpago de la evocación gloriosa cebró apenas sobre fondo oscuro las últimas horas del andante caballero de la Democracia.

Cupo a Caracas, la magnánima, la predestinación redentora al dar la vida al Padre, y a la hidalga Santa Marta, el envidiable sino de asilarlo y unirlo para el descanso postrero después de la gesta sin par.

La constelación bolivariana realizó el prodigio de su aparecer esplendente, del propio modo que se ordena y mueve la creación sideral de un sistema. Una incoercible aspiración difusa, de nebulosas vaguedades, esparcida en espacios inmensos, giraba desordenadamente en las más opuestas direcciones, solicitada por mudables núcleos, hasta que sintió de súbito la irresistible atracción de un foco inmenso de prodigiosas radiaciones, llamando a sí las energías dispersas que, al caer en su seno, aumentaron la actividad ardiente, precipitaron la acción modelando la masa, y aventaron al horizonte cinco mundos en que se continúa el proceso vivífico bajo el hálito fecundante del sol que les dió ser: el espíritu de *Bolívar!*

De uno a otro extremo de nuestro Continente ardía la sed de liberación que alimentaba el germen de una existencia nueva. La libertad, único ambiente posible de las almas, que siempre apareció como símbolo de la madurez cultural y acompañó a través de los siglos la marcha de los hombres, ora como un fanal o como una esperanza, fulgía en nuestra América de modo intermitente, extinguiéndose para reaparecer bajo el soplo furioso de la porfiada tradición. Quién reanimó esa llama dándole la eficacia purificadora del incendio? Quién la hizo hablar en lenguas vivas? Quién creó de la nada tras ordenar el caos? Quién sistematizó el esfuerzo que engendró la victoria? Quién tornó perenne bronce la arcilla terrosa que recibiera para modelar héroes y pueblos? Quién transmutó la esclavitud en libertad? Quién polarizó los anhelos de tres razas haciéndolas olvidar el pasado sangriento, reconciliándolas para siempre sobre el regazo de la igualdad? Quién, intuyendo el porvenir, leyó el destino

sobre la mano tímida de los Estados que nacían? Cómo se nombra aquel cometa cuya cauda de fuego al apagarse en este mar dejó marcada nuestra ruta, para la conquista del futuro? Exultemos su nombre en las arpas enlutadas del silencio...

Considerado individualmente, él no fue fruto común de una planta vulgar, sino la baya insigne que acendró, apurándolo, el vigor milenar de la cancosa encina vasca. Ciertos hombres, como algunos frutos, revelan una superación que sólo alcanzan organismos de larga persistencia y profunda raigambre entre el suelo rocoso que sostiene a una raza histórica. Es el milagro de la sangre, que lo mismo se ofrece en cualquiera de las grandes agrupaciones étnicas, siempre que a la excelencia original se sumen ciertos factores ancestrales que confieren al atributo hereditario caracteres de permanencia: Viriato, Don Pelayo, Bolívar cierran los vértices del triángulo de Vasconia. Fiereza, orgullo, paciencia, audacia, tozudez, abnegación, hidalguía, no crecen parásitas de semillas sembradas por el viento; fuertes renuevos son duramente adheridos a los añosos ramajes de agrupaciones homogéneas. Basta que aquellas virtudes cual finos pedernales choquen contra la acerada dureza para que salte la chispa genitora de vida. Minerales menos recios se rompen en la prueba. Con ser tan afines, por la transparencia y claridad, diamante y vidrio, aquél sólo hende a éste por la virtud acumulada de milenios aquilatadores.

La vida formó a Bolívar para la lucha heroica; antes que en libros, bebió en aquella fuente la sabiduría de la acción. Entró en la juventud por la fosca puerta de un inmenso dolor que dejó medio esculpida su alma fuerte. Doctrinóle Europa en la difícil ciencia de conocer a los hombres; instruyóle en las artes de la frivolidad elegante que da ligereza y finura para la lidia de gentes; comunicóle su filosofía que obliga a inquirir el por qué; mostróle el ejemplo de instituciones que le ampliaron la visión del futuro, aguzaron su espíritu crítico, dieron alas a su inspiración renovadora, exacerbaron su deseo hacia una realidad inmediata, iluminaron su concepto del pasado perfilando en su mente el compromiso del venidero; enseñóle, en fin, a amar, a olvidar, a pensar, a desconfiar, a comparar, a intentar, a prever y a sufrir. Le inculcó Juan Jacobo la peligrosa exaltación de su naturismo delirante. Dos sabios—Bello y Humboldt—depositaron en su alma fecunda la simiente

de una aventura prodigiosa, y el trashumante don Simón Rodríguez le inspiró un estoicismo escéptico que nos recuerda a Séneca. Ante las glorias del gran Corso dióse cuenta de que los plumones de su ambición naciente podían velar el prodigio de los remos del águila... y comenzó el Libertador.

Arduo era el magno empeño, y en el mundo por conquistar las dificultades germinaban con la exuberancia del trópico. El hombre ofrecía en América una escala de resistencias que se caracterizaban así: la raza africana, sin derechos, sumida en el marasmo de su inexistencia civil; la indígena, aletargada por una sujeción de tres siglos, sumados a su esclavitud anterior, a su natural indolencia y a su carácter desconfiado; los libres, que lo eran sólo a lo largo de la cuerda que les uncía a la autoridad divinizada; los peninsulares satisfechos en su tranquilo usufructo colonial, y algunos hombres de luces a quienes sacudían los vientos nuevos que soplaban de Europa y en cuya sangre criolla fermentaba la rebelión contenida por tantos obstáculos de invencible apariencia.

Los elementos materiales hallábanse todos en manos de los agentes españoles: barcos, guarniciones, plazas, armas, rentas, diseminados sobre un territorio extensísimo, con las caldeadas soledades de sus grandes llanuras «en que la arena produce la impresión de los horizontes marinos»; con sus ríos inmensos que parecen piélagos; con sus eruestas cumbres frecuentadas del cóndor, que pisarían no muy tarde los libertadores; en una palabra, mostrábase impotente la tiranía del espacio, reagrada por la adustez del medio físico que multiplicaba el factor tiempo.

En el campo moral, la continuidad en los sistemas de gobierno; la predicación por tres centurias de unos mismos postulados de cuya observancia respondía la inflexible severidad; constituían el medio en que iba a desarrollarse la acción transformadora de un puñado de inconformes. Como luciérnagas en la noche, habían fulgido a lo largo de nuestro hemisferio las rebeliones sofocadas.

Bajo tales auspicios comenzó la brega. Desde que terció en ella, principió a revelarse el carácter imperativo y audaz del hijo epónimo del Avila. Con Miranda conoció el valer del entusiasmo contra la adversa realidad, y su visión certera del problema emancipador lo impulsó a superarse a sí mismo para suplir a los que fracasaban. Pasaré sobre las ruinas de Caracas como sobre Miranda, sobre Nariño, sobre Piar, para seguir la obra desde el punto en que la dejaron. Dotes tuvieron ellos y muy grandes, pero no bastaban a realizar la misión del genio, y éste, que tenía conciencia de sí propio, les arrebató la antorcha y prosiguió en vertiginosa carrera a su destino.

Quince años de rudo choque contra la adversidad pulieron las facetas del adamantino capitán, y apareció el soldado infatigable, valiente y previsor; el jefe experto, imperioso y providente, pulcro e inflexible; el vencedor justiciero y magnánimo; el vencido soberbio y pertinaz; el diplomático sagaz, insinuante y fecundo; el orador de excelencia subyugadora; el político hábil de intuición prodigiosa hasta cristalizar en unos cuantos aforismos la evolución sociológica de los pueblos indolatinos; el modelador de naciones dentro de su índole peculiar; el forjador de quimeras que gustaba proseguir el camino hacia la gloria tomándolo en el sitio que alcanzaron los grandes, como cuando holló la cima del Chimborazo, saltan-

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

PLENA GARANTÍA DEL ESTADO

Seguros sobre la vida-Incendio-Accidentes del Trabajo-Transportes Marítimos

| | |
|---|-----------------|
| Capital | ₡ 4,000.000.00 |
| Reservas diversas al 30 de Noviembre, 1930. | 4,240.967.87 |
| Póliza en vigor a la misma fecha. | ₡ 73,863.537.02 |